**María Leonor Quiroga Zárate 4º LCC2136**

**Taller de Redacción**

**“Los polvos de Awbreth”**

Tamborileando en el asiento del tren, Verónica revive el concierto de su banda favorita en la plaza central de la ciudad, recuerda como si acabara de salir de él; la euforia, la energía, los sentimientos encontrados con cada letra compatible con sus propias vivencias, sus amigos, el frio que le erizaba la piel ya habituada al constante contacto físico y que, con el movimiento procuraba no cortar; pero en general el ambiente que se vivía, mientras miles de personas conocidas o encontradas por primera vez, disfrutaban de la música entrelazándolos a todos en la melodía que no hace distinción de sentimiento o razón. Todos son conscientes de sus condiciones, nadie es igual ni pretende unificar esencias, simplemente se distingue la magia de la expectativa hacia los destellos luminosos, únicos e irrepetibles que cada persona posee.

Ya caminando sobre la banqueta se da cuenta de cuan feliz es realmente de vivir en Awbreth, se siente agradecida por disfrutar de todo aquello que en otros lugares sería impensable siquiera imaginar.

El clima era delicioso, las estaciones entraban barriendo la una detrás de la otra casi sin querer chocar para que, en el momento en el que se cuelan, se olvide por completo que antes era diferente. El verano no era ardiente ni bochornoso, sino un calor dulzón que te enciende las mejillas, mientras que en invierno los abrigos ni se tocaban, más que para viajar a las minas de cristal a tomar el polvillo que los pilares despiden al ser cortados con sierras especiales. Normalmente a esa profundidad la temperatura debería de subir, pero al contrario de todas las leyes aplicadas en el resto del mundo, ahí abajo tus palabras se convierten en nubes y se te congelan hasta las uñas.

Los cristales eran el tesoro de la humanidad administrado por Awbreth; único lugar en el mundo donde pueden encontrarse. En ellos la sabiduría del mundo reside. Cada noche de luna llena, familias y comunidades se reúnen en la plaza de la ciudad, donde en una ceremonia los bebes recién nacidos, personas con problemas que sus mentes no logran resolver o simplemente deseosas de disfrutar de la introducción constante de energía y pensamientos que una vez terminada la implantación, cada uno se iba liberado, resuelto, con la paz de ya saber.

A Verónica, de niña le fascinaba como su abuela después de haber ido a recoger polvillo como cada mes lo acostumbraba, esparcía sólo un poco en el aire con extraña solemnidad, como si el acto fuera seriamente decisivo en la vida. Flotaba por algunos segundos y la estela, primero: resplandecía con sus colores favoritos, después los teñía y deslizaba para formar imágenes de personas, personas que con los años, vería crecer junto con ella, pero aunque podían aparecer varias, todo siempre giraba en torno a un niño que aparentaba más o menos su edad. Su nombre era Rodolfo; de piel rosada, casi transparente, miles de pecas distribuidas en todo el cuerpo como si alguien se hubiera divirtiendo de lo lindo salpicándole pintura, cabello rojizo y los ojos azules más expresivos que Verónica haya visto jamás. En su niñez era amable, bromista, preocupado y obstinado, pero eso no le impedía entrar en gracia con todo el que se iba cruzando en su vida, cautivándolos con ese espíritu que despide sinceridad y confianza.

Verónica sabía sus humores, pasatiempos y reacciones, sin embargo no podía desechar ese punzante sentimiento de que aquel niño formaba parte de ella, a cada exposición lo conocía más y llegaba a sentir un acercamiento que sólo la familia puede experimentar.

Con los años aquello aumentaba, más nunca mencionó el asunto a su abuela o a sus amigos; en realidad su abuela nunca le explicaba lo que toda aquella apreciación significaba, sólo el mismo ritual de vez en vez sin razón aparente. Según parecía todo sería resuelto el día en que se cumpliera la edad de 23 años, considerada como la llegada a la madurez. Para qué la prepararía todo aquello no se sabía, se vivía con ello y pasaba a segundo plano la duda después de llegada la costumbre.

El revelador día de Verónica, desde el inicio pintaba para todo, menos para uno destacable de entre cualquier otro. Su rutina fue la misma y a las 7 en punto de la noche, su abuela la llamo desde la sala. Su semblante era el mismo que cuando esparcía el polvo en el aire, sólo que esta vez se distinguía un orgullo y preocupación que luchaban el uno con el otro por sobresalir.

Al sentarse, sin ningún rodeo inútil, la abuela comienza:

-Sé que durante años te has de estar preguntando qué significa la vida de Rodolfo para ti. Y puesto que has llegado a la edad adecuada, no únicamente para comprender sino por los procesos que has tenido que atravesar antes, y los que tendrán sentido desde ahora para continuar con el viaje que te corresponde.

Todos tenemos el equivalente a nuestra alma, un alma complementaria por así decirlo, con la que compartimos esencia.

Cuando te reúnes con esa otra persona, ocurre lo más extraordinario en ambos. Al primer contacto se desmaterializan y se vuelven energía; se vuelven capaces de controlarse y controlar su entorno a voluntad.

Después de aquello regresan a sus cuerpos y se proveen mutuamente esa misma energía que experimentaron al primer contacto. Después de aquello te es imposible abandonar a tu persona y ya que comparten la misma energía no pueden herirse el uno al otro.

Por ahora él no sabe nada sobre ti, por lo que tú debes ir en su búsqueda. Sólo pregúntale a Rodolfo en tu mente donde se encuentra y conforme aceptes más la conexión, de repente te despertaras un día sabiendo donde se encuentra…

-2 años después-

Con cada paso que daba cercano a su casa, Verónica amplificaba la plenitud de su ser, se reencontraba con Rodolfo…